

Las tramas de la representación: Presentación del dossier

por Valeria Añón

(Universidad Nacional de La Plata/Universidad de Buenos Aires- Idihcs/Conicet)

A la memoria de Susana Zanetti, maestra sin par

Tradicionalmente en la Argentina los estudios literarios coloniales han ocupado un lugar periférico, marginal en relación con los intereses de la crítica. Si fue aquí donde, en el siglo pasado, vieron la luz las contribuciones filológicas e historiográficas de Ricardo Rojas (1946) y Mario Alberto Salas (1944, 1959 y 1960), las ediciones, aún hoy definitivas, de las dos partes de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso por Ángel Rosenblatt (1943 y 1944) y de la *Historia de los Incas* de Sarmiento de Gamboa (1947), y también se debe a un argentino, Enrique Anderson Imbert, la *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954) en la que se confiere un estatuto específico a la literatura colonial,¹ lo cierto es que los estudios coloniales despertaron un interés menor entre críticos y especialistas (así como entre lectores), al menos hasta la década de 1970. Más tarde (y tras una era de trágicas dictaduras en Latinoamérica), los debates en torno al Quinto Centenario, entre mediados de la década de 1980 y la década de 1990, constituyeron un nuevo hito en torno al cual se reconfiguraron los estudios coloniales hispanoamericanos y se insinuó el comienzo de un “cambio de paradigma”, como lo denominó Rolena Adorno (1988a). Si bien estos debates, de fuerte impronta teórica, se originaron y tuvieron su mayor despliegue en la academia norteamericana, de la mano de otras revisiones vinculadas con los Estudios Culturales, los Estudios Poscoloniales y los Estudios de la Subalternidad, y también a partir del peso de las investigaciones de especialistas argentinos radicados en el exterior (como Walter D. Mignolo), sus ecos no dejaron de llegar a esta zona del continente, donde estudiosos latinoamericanistas comenzaron a prestar atención a sus implicancias en la redefinición del corpus literario continental y los incorporaron como unidades centrales a los programas de materias de grado de las carreras de Letras en particular.²

¹ Rolena Adorno subraya la importancia del trabajo de Anderson Imbert, quien a su juicio “dio apertura a los nuevos estudios coloniales en su concepción de la historia literaria como el conjunto de la función literaria con la histórica” (2000: 2). No obstante, con anterioridad Walter Mignolo había criticado la concepción restringida de lo literario que esta historia de la literatura maneja, y que deja fuera todas las producciones amerindias (1986: 3).

² En esta dimensión se destaca la labor pionera de Susana E. Zanetti, David Lagmanovich y Noé Jitrik en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de La Plata, así como en Mar del Plata, Rosario, Córdoba (entre otras) en cursos de posgrado y en la formación de especialistas en el área; también la labor de Carmen Perilli y Ricardo Kalimán en la Universidad Nacional de Tucumán, y de Elena Altuna en la Universidad Nacional de Salta. Un hito en estas discusiones fueron las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (Jalla), celebradas en Tucumán en 1995, cuyas actas y discusiones preliminares (1997), constituyen hoy un buen estado de la cuestión acerca de este tema.



Para replicar cierta hegemonía hispánica en la edición y circulación de estos textos, y con el objetivo de volver a pensar “¿qué festejamos, qué lamentamos?”,³ esos debates pusieron en cuestión la formulación canónica del corpus que se ha dado en llamar “literatura latinoamericana”, así como el estatuto de lo literario (y su literariedad). Justo es decir entonces que los discursos coloniales adquirieron centralidad y peso propio en la polémica, al tiempo que sirvieron como caso-testigo para poner en discusión consideraciones más amplias: desde el lugar de la crítica hasta las nociones de “literatura nacional”, “autoría” y “obra”. Se alumbra entonces un “sujeto colonial” deudor de las perspectivas poscoloniales de Bhabha y Said (Adorno, 1988b); se pone en cuestión la noción de “literatura” y se abre el campo para incluir otros modos de la representación, otras textualidades (orales, pictográficas, cartográficas, performativas), tomando prestados conceptos y metáforas de la lingüística y la semiótica (Mignolo, 1986 y 1989). En tanto, en las aproximaciones críticas hacia el mundo barroco colonial, se discuten clasificaciones y terminologías perimidas (“manierismo”, por ejemplo), se disemina (a veces de manera un tanto acrítica) la productiva metáfora de la “ciudad letrada” (Rama, 1984) y tienen lugar reflexiones en torno a la conformación de una conciencia criolla hispanoamericana, releyendo incluso los procesos independentistas a partir de ella (Moraña, 1988).⁴ No obstante, y siguiendo un derrotero que en buena medida define los acercamientos críticos a este corpus desde el Cono Sur, las principales polémicas se produjeron en los “grandes centros” vinculados con el universo textual colonial, es decir, México y la zona andina, así como a partir de investigaciones llevadas a cabo por reconocidos investigadores latinoamericanistas adscriptos a la academia norteamericana (Rolena Adorno, Walter Mignolo, Roberto González Echevarría, Sarah Castro Klarén, Julio Ortega, incluso Antonio Cornejo Polar en sus últimos años, por nombrar sólo algunos).

De manera concomitante con esta primera revisión, progresivamente este tipo de perspectiva fue adquiriendo peso propio en los estudios literarios latinoamericanos en la Argentina, a partir de los trabajos señeros de Susana Zanetti (sobre Bernal Díaz del Castillo, 1984; Sor Juana Inés de la Cruz, 1994; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, 1997; el Inca Garcilaso de la Vega), Beatriz Colombi (sobre el Inca Garcilaso, 1997; y sobre Sor Juana 1996), Cristina Iglesia (sobre el cautiverio en crónicas del Río de la Plata, 1987), Noé Jitrik (sobre los textos colombinos, 1983 y 1992), también los estudios llevados a cabo en la Universidad de Córdoba o la fundamental investigación de Elena Altuna desde la Universidad de Salta sobre los viajeros-caminantes en crónicas de los siglos XVI y XVII, 2002, entre otros.⁵ Todos ellos, con encomiable aliento didáctico, formaron en la última década diversos especialistas en el universo colonial (temprano y barroco), varios de los cuales participan en este dossier. Así, en el ámbito local, en los últimos años este campo ha comenzado a consolidarse con peso propio e investigaciones innovadoras en torno a la retórica del relato de viaje o a la autoría en

³ Parafraseo el libro de Fernando Benítez, 1992: *¿Qué celebramos, qué lamentamos?* publicado en México por Era. Allí, Benítez resume una postura extendida: “después de cinco siglos, somos nosotros, los hispanoamericanos, los que debemos juzgar el llamado ‘encuentro de dos mundos’ y sus consecuencias. ¿Qué debemos celebrar o conmemorar?” (1992: 11).

⁴ Catherine Poupney Hart (1992) subraya que 1982 es el año crucial en el que se publican los estudios que cambiarán la manera de pensar el corpus colonial (y la literatura latinoamericana en general) en todas sus dimensiones, a saber: *Transculturación narrativa en América Latina* de Ángel Rama; Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe de Octavio Paz; *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana* de Raquel Chang Rodríguez; *La vocación literaria del pensamiento histórico de América* de Enrique Pupo Walker; y *La conquista de América. El problema del otro* de Tzvetan Todorov (en su edición original en francés).

⁵ En este listado, que no pretende ser exhaustivo, se destacan también las investigaciones de Zulma Palermo (1994) en la Universidad de Salta (vinculadas en especial con la teoría crítica y su inflexión decolonial), de Olga Santiago en la Universidad de Córdoba (en particular acerca del mundo barroco) y el trabajo de Yolanda F. Orqueda sobre Bernal Díaz del Castillo, publicado en Tucumán en 1997.

las crónicas de Indias adquieren lugar de relevancia y participan en el diálogo continental.

Con estas consideraciones como premisa, el objetivo de este dossier es múltiple: poner de manifiesto un estado de la cuestión en torno a los estudios literarios coloniales, desde un espacio crítico que de a poco comienza a subsanar cierta desatención; presentar trabajos representativos realizados en la Argentina en torno a textualidades diversas (las crónicas del Río de la Plata, la relación acerca del viaje de Magallanes, las crónicas mestizas novohispanas en los trabajos de El Jaber, Benítez y Aldao respectivamente; la autoría y la formulación de una *figura de autor* en el complejo universo novohispano en el artículo de Ruiz); propiciar el diálogo con investigaciones que, desde diversos ámbitos (la historia y la crítica literaria, México y España en los trabajos de Battcock y López Parada respectivamente) contribuyen a la revisión de este corpus y participan de la polémica. En definitiva, se trata de visibilizar problemas, aproximaciones críticas y decisiones metodológicas que constituyen innovadores aportes a un campo en permanente ampliación.

De la literatura al discurso

Señalamos ya que, desde la década de 1980 en adelante, diversas aproximaciones críticas han cuestionado las nociones de “literatura” y “texto” para plantear en cambio la pertinencia de la categoría de “discurso colonial”, evidente en el análisis de textualidades que ponen en escena modos de representación heterogéneos y convocan competencias semióticas disímiles aunque sincrónicas: la escritura, la inscripción –soterrada, silenciada– de la oralidad, la cartografía, la imagen, la superposición de imágenes, la pérdida del sentido inscrita en la performatividad del enunciado oral. De hecho, se ha hablado de un incipiente “cambio de paradigma” en los estudios literarios coloniales “del modelo de la historia literaria como el estudio de la transformación de las ideas estéticas en el tiempo, al modelo del discurso en el ambiente colonial en tanto estudio de prácticas culturales sincrónicas, dialógicas, relacionales e interactivas” (Adorno, 1988b: 11).⁶

En principio, entonces, utilizar las nociones de “texto” y de “discurso” implicó salir del encierro de la noción de “literatura”, con su fuerte inscripción en la escritura, la valoración estética y la *institución* (Funes, 2009: 20), inadecuado para definir el corpus colonial, tanto en su perspectiva occidental como mestiza e indígena. De hecho, aquí es posible encontrar un punto de cruce con el hispanomedievalismo y su reflexión en torno a la materialidad del manuscrito ya que, como despliegan Walter Mignolo (1986) y Leonardo Funes (2007; 2009), el término “literatura” se halla etimológicamente vinculado a la letra impresa.⁷ De allí que resulte inexacto o inútil para pensar, por ejemplo, las numerosas fuentes (orales, pictográficas) con las que se construyeron las crónicas de tradición indígena, así como también para dar cuenta de la poderosa tradición oral que atraviesa las referencias al Romancero en numerosas crónicas de tradición occidental, y los espacios y personajes construidos a la manera de las novelas de caballerías, o los relatos bíblicos, que sostienen una omnipresente perspectiva providencial. Se trata de una categoría que, asociada a una institución, se vincula con otros modos de la subjetividad: la Romántica, con su noción del genio creador, individual,

⁶ Algunas revisiones evalúan la persistencia de este cambio y ponen en duda que se haya producido de manera radical. Al respecto véase Verdesio (1997) y Añón (2013b).

⁷ Explica Leonardo Funes que, a fines del siglo XV, el término “literatura” era un cultismo, traducción de la “forma griega *grammatica*; *littera* y *gramma* en su sentido literal están presentes” (2009: 20). Aclara Mignolo: “En su sentido primigenio designa la escritura alfabética y la distingue tanto de la voz (*phoné*, *vox*, sonido, grito, llamado) como de las formas de escritura no alfabética” (1986: 140).

vinculado a cierta inspiración y *esencia*; constructor de un discurso original en un campo altamente restringido: el de las Bellas Letras.

Estas reconsideraciones resultan especialmente pertinentes con respecto a las producciones narrativas amerindias de naturaleza oral, performativa; se trata de textos que se conservaban en la memoria de los sabios de cada comunidad, y que interactuaban con imágenes y quipus para conformar un relato y producir sentido. Este tipo de textualidades conduce a la necesidad de ajustar las herramientas metodológicas con la que analiza este modo *otro* de representar y de narrar, que no obstante también puede ser concebido en sus semejanzas en la medida en que algunas de sus inflexiones (la palabra oral asociada a la memoria, el soporte corporal, los saberes kinésicos) tienen puntos de contacto con los modos medievales de la transmisión y del relato, que constituyen el sustrato de buena parte de las historias que alimentaron el imaginario de los conquistadores. Historiar la noción de “literatura” y, con ella, las categorías de “discurso”, “representación”, “sujeto”: ése es el derrotero por el que estas textualidades nos conducen. De allí que la heterogeneidad y variabilidad del corpus de Indias exijan desnaturalizar categorías a las que estamos demasiado acostumbrados –la idea de una literatura nacional es una de ellas–, y muestren que, en este punto, los nuevos estudios coloniales pueden establecer un diálogo fructífero con otras disciplinas: entre ellas, la historia del libro y la lectura, y el hispanomedievalismo.⁸

La otra inflexión se vincula con la materialidad del libro impreso y alude al papel complejo de la imprenta en relación con el Nuevo Mundo. En efecto, es preciso tener en cuenta que, más allá de algunas crónicas e historias puntuales, vinculadas con las voces de los capitanes (como la Segunda y la Tercera cartas de relación de Hernán Cortés, de 1520 y 1522 respectivamente, que narran la conquista de México) y de protagonistas (la primera parte de la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, impresa en Valladolid en 1535, o la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas, impresa en Sevilla en 1552), o con la retórica letrada y humanista de la época (por ejemplo, la *Hispania Vitrix* de Francisco López de Gómara, publicada en Medina del Campo en 1553 y ese mismo año prohibida por Real cédula y retirada de circulación de todos los territorios de la Corona española), la mayoría de los testimonios e historias sólo circularon en forma de manuscritos durante los siglos XVI, XVII y XVIII, y recién empezaron a ver la luz en el siglo XIX, procesos independentistas y construcciones de identidades nacionales mediante.⁹ Pero también el libro impreso es objeto de numerosas transformaciones, en especial en relación con las imágenes y mapas que lo acompañan (tal como muestra, en este dossier, el trabajo de López Parada en relación con el Mapa de Tenochtitlan). Entonces, no existe nada como un discurso fijo, inmutable; la letra y la imagen varían sometidas a las decisiones de editores, tipógrafos y armadores... Por estos motivos es que la pertinencia de hablar de “literatura” para los textos de este corpus se desdibuja y acerca esta investigación a otros campos, en una línea que intenta restablecer redes de diálogo entre mundos

⁸ Me refiero en especial a las reflexiones epistemológicas, teóricas y metodológicas de Roger Chartier en *El mundo como representación* (2002) y *El orden de los libros* (2000), entre otros; a las reflexiones de Leonardo Funes en *Investigación literaria de textos medievales: objeto y práctica* (2009) y a varios trabajos de Gloria Chicote (1995; 2006), por nombrar dos ejemplos del hispanomedievalismo, en diálogo con los estudios acerca de la literatura colonial hispanoamericana, en la Argentina. En México, dos investigadoras, especialistas en literatura medieval y en crónicas de Indias de tradición occidental, están abriendo un camino de gran relevancia: Blanca López de Mariscal con su análisis del libro de Ramusio en *Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI* (2004) y Jimena N. Rodríguez en *Conexiones transatlánticas* (2010).

⁹ Respecto del estado del archivo colonial hispanoamericano, sus manuscritos y ediciones, remito a mi trabajo “*Archivos de la memoria: asedios desde el corpus colonial hispanoamericano*” (2013b).

artificialmente escindidos.¹⁰

Así, se perciben las restricciones de una concepción de lo literario en términos de lo nacional (una literatura nacional y sus fundadores), en especial al referirnos a textos producidos en contextos en los cuales las supuestas naciones latinoamericanas a las que pertenecerían no tienen existencia aún en los siglos XVI ni XVII, ni la tendrán, en la mayoría de los casos, hasta mediados del siglo XIX. Esto se vislumbra con claridad en las crónicas de soldados, capitanes y viajeros (representados por Álvaro Núñez y Maximiliano Transilvano en este dossier, pero que también incluyen las ya nombradas cartas de Cortés; las cartas y relaciones de Hernando y Francisco Pizarro para la conquista del Perú; la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y las relaciones de Andrés de Tapia y Francisco de Aguilar para la conquista de México; las cartas de Pedro de Alvarado para la conquista de Guatemala y las de Pedro de Valdivia para la conquista de Chile, entre muchas otras); en la manera en que cada uno de los conquistadores se define a sí mismo por su pertenencia regional (andaluces, vascos, extremeños, gallegos, medinenses), lo cual sella alianzas y explica buena parte de los arreglos y favores, durante y después de la conquista. Con sus diferencias, también es el caso de las crónicas misioneras, que organizan sus argumentaciones, silencios y exclusiones en función de la pertenencia a diversas órdenes religiosas y las rencillas entre ellas (representadas en este dossier por la historia de fray Diego Durán, pero donde también podrían incluirse los textos de Motolinía, Pané, Sahagún, Ávila, incluso la interpolación de fray Alonso Remón a favor de los mercedarios en la primera edición de la historia de Bernal Díaz, entre muchos otros). A ello se suman las crónicas de tradición indígena, que relatan las historias de sus comunidades en abierta polémica con otros pueblos de la zona o con diversos linajes gobernantes, a partir de las cuales reconstruyen sus memorias y lazos identitarios; en este dossier están representadas por el texto de Santa Cruz Pachacuti, pero también podríamos aquí incluir las historias y relaciones de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo, Hernando Alvarado Tezozomoc, Domingo de San Antón Muñón Chimalpain y Cristóbal del Castillo en México, o Titu Cusi Yupanqui, Guaman Poma de Ayala o el Inca Garcilaso de la Vega en la zona andina. Además, si lo español o lo latinoamericano –tal como los entendemos hoy en día– resultan anacrónicos para pensar estas crónicas, también lo es la tajante separación entre la literatura española y la literatura latinoamericana o hispanoamericana (que tanto afectó por ejemplo a la figura de Sor Juana, como analiza en este dossier el artículo de Ruiz), producto nuevamente de ciertas búsquedas respecto del origen de lo nacional a partir de los siglos XIX y la primera mitad del siglo XX: se trata de una “dinámica de la búsqueda del origen [...] fundada en la adaptación del modelo europeo” (Poupeney Hart, 1992: 30). Por eso, para comprender las ambivalencias a las que este corpus coloniales nos somete resulta interesante volver sobre la propuesta de John Beverly, quien reconceptualiza la “literatura española” y la “literatura hispanoamericana” en un campo unitario, por lo menos para los siglos XVI y XVII, refiriéndose entonces no a una “literatura colonial” sino a una “literatura de la época imperial”, entendida en términos de una “totalidad contradictoria” (Beverly, 1987: 13). Agregaría aquí, no obstante, que para entender las aproximaciones que proponemos en este dossier, en especial las crónicas mestizas y de tradición indígena, y las peculiares inflexiones del discurso cartográfico, es preciso enfatizar la contradicción y la colonialidad, entendidos como forma de organizar tanto la conquista y la colonización efectivas como la “colonización del imaginario” (Gruzinski, 1995).

De allí que sea preciso volver sobre otras implicancias del término “discurso colonial”, definido en el marco de un “estudio de prácticas culturales sincrónicas, dialógicas,

¹⁰ De hecho, la categoría misma de “disciplina” ha sido puesta en duda, como ya lo mostraron largamente los Estudios Culturales, aunque en rigor de verdad aún tiene un peso muy considerable en la academia local.

relacionadas e interactivas” (Adorno, 1988a: 12). Con este énfasis en lo dialógico, los objetos de análisis se amplían y la categoría de sujeto incorpora no sólo al europeo o al letrado criollo, sino a muchos otros. Ocurre que al pensar la conformación de subjetividades es preciso aludir, como tema o problema central, a la *representación del otro*, que asiste a un reposicionamiento en el cruce con la semiótica (a partir del pionero –aunque discutido– libro de Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*) y de los diálogos fructíferos con la antropología, vía Geertz y Clifford. En torno a esta dimensión cobra un peso fundamental el adjetivo “colonial”, que delimita un tipo de dinámica social, ciertos modos de representación, una perspectiva interdisciplinaria para abordar el corpus, un locus de enunciación distinto para el crítico.¹¹ Dicha dimensión reconoce para sí algunos antecedentes específicos: los análisis de Peter Hulme y las consideraciones de Mary Louise Pratt (1997), en especial su noción de “zona de contacto”. En *Colonial Encounters*, Hulme define el discurso colonial como “conjunto de prácticas lingüísticas (*linguistically based*) unificadas por su despliegue común en la organización de asuntos coloniales, un conjunto que podía incluir el más formulístico y burocrático de los documentos oficiales con la más humilde y no funcional de las novelas románticas” (1986: 2; la traducción es nuestra). A esto agrega Rolena Adorno que “las distinciones de forma y género se suspenden [...] El discurso surge como una categoría formal (pero no atada a la forma) e ideológica (pero no limitada a la ideología dominante), social, política e institucional –más grande que sus autores, más abarcador que sus intenciones” (1988: 18).

Hacer referencia a un discurso colonial implica, por tanto, aludir a un modo peculiar de organización del poder y de colonización del imaginario que involucra distintos estamentos y articulaciones. Para las crónicas abordadas en este dossier, esto resulta crucial: se trata de textos que buscan operar en las grietas, en las fisuras del poder colonial, jugando, por medio de una serie de *tácticas*, en los espacios que las *estrategias* presuponen,¹² en busca de un *plus*, algo más, no necesariamente inscripto en el mapa de la ciudad y del poder colonial. Es que en la definición misma de “lo colonial” acuden tanto las nociones de imposición, dominación, subalternidad, como las ideas de negociación, reapropiación y resistencia –entendida en un sentido amplio. En ese cruce, en los delgados hilos de la trama que constituye simbólicamente el poder colonial, estos discursos consolidan una estructura al tiempo que la retan. A posteriori, expandiendo los límites de los géneros y de las formaciones discursivas, configuran un locus de enunciación distinto, aún desde la subalternidad –como en el caso de las crónicas de tradición indígena, por ejemplo. Además, estas tácticas no acumulativas que

¹¹ La discusión acerca de “lo colonial” en América es de larga data y puede ser rastreada hasta las revisiones que sostienen los movimientos independentistas desde fines del siglo XVIII. Otros lo datan incluso en la figura del “criollo”, del siglo XVII en adelante, especialmente visible además en la Nueva España en las obras de letrados como Sor Juana Inés de la Cruz y Sigüenza y Góngora. Es decir, es un término de larga tradición que, como par opositivo, fue utilizado para construir identidades propias y reclamar cierta autonomía y diferencia. Claro que no es mi intención detenerme en esta interminable discusión que abarcaría cinco siglos; sí es preciso en cambio destacar la profundidad histórica de estas reflexiones, para poder comprender su impacto y sus transformaciones en el siglo XX, movimientos de descolonización y revolución en el llamado Tercer Mundo mediante, que dejaron huella en la crítica latinoamericana que analizo aquí. No obstante, no deja de llamar la atención la persistencia del uso de este término para autodefinir esta zona de la crítica, como reflexiona Facundo Ruiz (comunicación personal, 5.11.2013). Quizá se trate de cierto “toque de reunión” en torno a preocupaciones teóricas y problemas empíricos respecto de un corpus ubicuo que se resiste a simplificadas clasificaciones. (Acerca de la pertinencia del sintagma en los estudios literarios y culturales latinoamericanos, véase Adorno, 2000; una revisión actualizada que articula colonialismo, poscolonialismo y occidentalización puede verse en Moraña, Dussel y Jáuregui, 2008.)

¹² Utilizo de manera desviada las categorías de “táctica” y “estrategia” que Michel de Certeau propone en *La invención de lo cotidiano* (1990).

operan en las fisuras de la estrategia para obtener un espacio, por pequeño que sea, en las representaciones de la conquista, la Nueva España y el mundo autóctono (es decir, en más de un sentido, en la propia representación identitaria), alcanzan un “lugar dicente” (Mignolo, 1995) privilegiado en el largo plazo, una vez que las *zonas de contacto* se han reacomodado y las concepciones de lo enunciable y lo legible se han modificado.

En cuanto al estatuto de lo literario, aún resta otra objeción más que los nuevos estudios coloniales latinoamericanos no tardaron en hacer: la concepción de lo *bello* y la pregunta por lo estético, que en cierta medida también resultan inadecuados para pensar el corpus de Indias. En ese sentido, Adorno, Mignolo y González Echevarría llamaron la atención acerca de la prolongación de cierta subalternización de las textualidades latinoamericanas –en comparación con las literaturas españolas, por ejemplo– que, al medir con una vara occidental posromántica el corpus de Indias sólo dejan en pie algunos luminosos pasajes de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, eximio conocedor de la retórica y la filología humanística. Parecería que la crítica ha hecho suya la afirmación de Bernal Díaz (de indudable *captatio benevolentia*) cuando se llama a sí mismo “idiota y sin letras” (2005: CCXII-819) y ha expulsado estas textualidades del ámbito de la literatura hacia los márgenes, considerándolas meras fuentes históricas de valor puramente documental.¹³ De allí que sea sido necesario reponer el contexto, la situación de enunciación y los vínculos con la retórica legal y notarial como dimensiones de comprensión de estos textos. No obstante, la crítica a la estetización de las crónicas coloniales lleva implícito el peligro de recaer en la esencialización de este corpus, como señalan Neil Larsen (1993) y Antonio Cornejo Polar (1994). Con similares argumentos, ambos reivindicaron la estetización del discurso colonial, puesto que leen en esta exclusión, más allá de la necesaria ampliación de la noción de “literatura” y de la atención a soportes y modos del relato diversos, una reproducción de la mirada etnocéntrica. Como indica Larsen “consideremos si el simple rechazo de lo estético cuando se trata de los textos de la colonia no ratifica al mismo tiempo, de manera muy sutil, la vieja perspectiva colonizadora, concediéndole al ‘eurocentrismo’, en efecto, el derecho exclusivo de invocar criterios estéticos” (1993: 337). En este dossier, si bien se utilizan las nociones de “discurso colonial” y “sujeto colonial”, acentuando los procesos de negociación, compartimos la pertinencia de la pregunta por la dimensión estética de las crónicas de Indias. El análisis comparado entre crónicas de distinta naturaleza y la atención al marco de referencia y a sus propias tradiciones en términos retóricos, formales y semánticos permitirá considerarlas en este sentido.

Ahora bien, si los límites entre literatura e historia no son tajantes; si estos textos no pueden ser analizados o evaluados con anacrónicas perspectivas posrománticas; si es preciso recuperar la ambivalencia *entre la letra y la voz* (Zumthor, 1989) y *entre la voz y el silencio* (Frenk, 1997), ¿cómo analizar este “amasijo de textos” (González Echevarría, 1984); cómo encuadrarlo? Aquí es donde ingresa nuevamente la pregunta por la representación, que en los últimos años ha sufrido cierto repliegue de la mano de perspectivas etno-antropológicas e históricas, que adquirieron un nuevo lugar central en el campo de los estudios coloniales (Verdesio, 2013), alumbrando el reingreso del sujeto “empírico” a partir de categorías tan

¹³ Distinto es el caso del universo barroco, representado en el último trabajo de este dossier, que tradicionalmente ha admitido una consideración estética. No obstante, en buena medida la mirada eurocéntrica y colonialista, se imprimió también sobre el corpus barroco de Indias, al expulsarlo a los márgenes del Siglo de Oro español (otra invención de la crítica, claro), anatematizándolo como mera copia de los modelos metropolitanos. Si los textos sorjuaninos corrieron, en alguna medida, una suerte distinta (que no obstante no los salvó de ser considerados, durante siglos, parte de la literatura *española*) es en virtud de la figura de escritor americano que estos –y la misma Sor Juana, y sus críticos y biógrafos– configuraron, como analiza Ruiz.

discutidas (y discutibles) como “agencia”, “resistencia” y “empoderamiento”. A contrapelo, considero que la dimensión representacional, lejos de estar perimida o haber sido superada, aún constituye un *proyecto incompleto* que diversas aproximaciones críticas incluidas en este dossier (la de Benites en relación con el relato de viaje, las de Loreley el Jaber y Facundo Ruiz a partir de las figuras de autor y las de mediadores como escribanos, secretarios y biógrafos, la de López Parada acerca de las mutaciones y significaciones múltiples del discurso cartográfico) contribuyen a problematizar. De allí que nos propongamos eludir las dicotomías y, en cambio, busquemos apropiarnos de las inflexiones más fructíferas de lo literario y lo discursivo. Porque ya no manejamos un concepto restringido del corpus de Indias es que tampoco debemos hacer uso de herramientas de análisis reduccionistas o excluyentes. Los artículos incluidos en este dossier, redoblando la apuesta por la representación, trabajan en esos límites y contribuyen a expandirlos.

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Rolena (1988a) “El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XIV-28, Lima, primer semestre: 55-58.

ADORNO, Rolena (1988b), “Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XIV-28, Lima, 2do semestre: 11-37.

ADORNO, Rolena (2000), “La pertinencia de los estudios coloniales para el Nuevo Milenio”, en *Andes*, Universidad Nacional de Salta, 11: 1-15.

ALTUNA, Elena (2002) *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVI-XVIII*, Ann Harbor, Michigan: Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar” y Latinoamericana Editores.

ANDERSON IMBERT, Enrique (1954) *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, FCE.

AÑÓN, Valeria (2013a) “La materia de la memoria: reflexiones sobre lecturas y debates coloniales en torno a crónicas de Indias del siglo XVI”, en *Actas del II Coloquio CIETP*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, en preparación.

AÑÓN, Valeria (2013b) “Archivos de la memoria: asedios desde el corpus colonial hispanoamericano”, *Filología*, núm. Especial en homenaje a Ana María Barrenechea, coordinado por María del Carmen Porrúa, Buenos Aires, Instituto de Filología Hispánica-Universidad de Buenos Aires, en preparación.

BENÍTEZ, Fernando (1992), *¿Qué celebramos, qué lamentamos?*, México, Era.

BEVERLY, John (1987) *Del Lazarrillo al Sandinismo. Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis, The Prisma Institute.

COLOMBI, Beatriz (1996) “La respuesta y sus vestidos, tipos discursivos y redes de poder en la ‘Respuesta a Sor Filotea’” de Sor Juana Inés de la Cruz”, *Mora* (2): 60-66.

COLOMBI, Beatriz (1997), “Los hilos de diversos colores: metáfora y metonimia en los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega”, *Memorias de II Jalla*, op.cit.: 292-307.

CORNEJO POLAR, Antonio (1994) “Mestizaje, transculturación, hibridez: los riesgos de las metáforas”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima-Berkeley, XX-40: 368-37.

CHARTIER, Roger ([1989] 2002) *El mundo como representación*, trad. de Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa.

CHARTIER, Roger (2000) “Figuras del autor” en *El orden de los libros*, Barcelona, Gedisa.

CHICOTE, Gloria (1995) “Oralidad y escritura en la literatura medieval: una ecuación sin resolver”, *Incipit*, 15: 275-286.

CHICOTE, Gloria (2006) “Cultura popular y poesía narrativa medieval: contactos productivos”, *Orbis Tertius*, 12: 1-6.

DE CERTEAU, Michel (2000 [1990]) *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, versión corregida y aumentada de Luce Giard, trad. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (2005) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Agencia Española de Cooperación Internacional.

FUNES, Leonardo (2009), *Investigación literaria de textos medievales: objeto y práctica*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

FUNES, Leonardo (2007) “Lidiando con el efecto Funes: en torno de la posibilidad de una historia literaria”, *Revista Orbis Tertius*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, XI-12.

FRENK, Margit ([1997] 2005) *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*, Mexico, FCE.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto (1984) “Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista” en Alejo Carpentier, Rodríguez Monegal *et al* (comps.), *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Caracas, Monte Ávila.

GRUZINSKI, Serge (1995 [1988]) *La colonización de lo imaginario*, trad. Jorge Ferreiro, México, FCE.

HULME, Peter ([1986] 1992) *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*, Londres y Nueva York, Methuen.

IGLESIA, Cristina y Julio SCHWARTZMAN (1987) *Cautivas y misioneros. Mitos blancos de la conquista*, Buenos Aires, Catálogos.

JITRIK, Noé (1983) *Los dos ejes de la cruz*, México, Universidad Autónoma de Puebla.

JITRIK, Noé (1992), *Historia de una mirada*, Buenos Aires, Ediciones del Equilibrista.

KALIMÁN, Ricardo (ed.) (1997), *Memorias de las II Jornadas Jalla*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

LARSEN, Neil (1993) “En contra de la des-estetización del ‘discurso’ colonial”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XIX-37, Lima, 1er semestre: 335-342.

LÓPEZ DE MARISCAL, Blanca (2004) *Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI*, Madrid, Ediciones Polifemo y Tecnológico de Monterrey.

MIGNOLO, Walter D. (1986) “La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)”, *Dispositio* (XI) 28-29: 137-160.

MIGNOLO, Walter D. (1989) “Afterword: from colonial discourse to colonial semiosis”, *Dispositio*, XIV-36/38, The University of Michigan: 334-7.

MIGNOLO, Walter D. (1995) “Decires fuera de lugar: sujetos dicentes, roles sociales y formas de inscripción”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXI-41, Lima/Berkeley: 9-32.

MORAÑA, Mabel, Enrique DUSSELL y Carlos JÁUREGUI (eds.) (2008), *Coloniality at large*, Durkham, Duke UP.

ORQUEDA, Yolanda F. (1997) *Los castillos decrepitos*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

PALERMO, Zulma y Elena ALTUNA (1994) “Textualidades coloniales: periodización y delimitación de un área”, *Actas del coloquio internacional Letras Coloniales Hispanoamericanas (Córdoba, 1992)- Literatura y cultura en el mundo colonial hispanoamericano*, ed. Silvia Tieffemberg. Buenos Aires, Asociación Amigos de la Literatura Latinoamericana: 10-19.

POUPENEY HART, Catherine (1992) “Literatura colonial hispanoamericana: en torno a la reorganización de un área disciplinaria”, *Scriptura*, 8-9: 27-36.

PRATT, Mary Louise (1997) *Ojos imperiales*, trad. Ofelia Castillo, Bernal, UNQUI.

RAMA, Ángel (1984) *La ciudad letrada*, Montevideo-Hannover, NH-Ediciones del Norte.

RODRÍGUEZ, Jimena (2010) *Conexiones transatlánticas*, México, El Colegio de México.

ROJAS, Ricardo, (1946 [1918]) *Historia de la literatura argentina. Los coloniales*, Buenos Aires, Peuser.

ROSENBLATT, Ángel (1943) edición de Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales* (2 tomos), Buenos Aires, Emecé.

ROSENBLATT, Ángel (1947) edición de *Historia general del Perú* (3 tomos), Buenos Aires, Emecé.

ROSENBLATT, Ángel, edición de Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*, Buenos Aires, Emecé.

SALAS, Mario Alberto (1944) “Prólogo” en Pedro Cieza de León, *El señorío de los Incas*, Buenos Aires, Del Solar.

SALAS, Mario Alberto (1950) *Las armas de la conquista*, Buenos Aires, Emecé.

SALAS, Mario Alberto (1960) *Crónica florida del mestizaje de las Indias*, Buenos Aires, Emecé.

TODOROV, Tzvetan ([1982] 1999) *La conquista de América. El problema del otro*, trad. Flora Botton Burla, México, Siglo XXI Editores.

VERDESIO, Gustavo (1997) Reseña de *Conquista y contraconquista. La escritura del nuevo mundo*, Julio Ortega y José Amor y Vázquez (eds). (México: Brown University, El Colegio de México, 1994), en *Hispanic Review* 65-1: 23-25.

VERDESIO, Gustavo (2013) “La reacción contra la teoría y la interpretación en los estudios coloniales de origen literario: la conquista del campo por parte de los historiadores”, en *Actas del Coloquio Internacional Pensamiento Crítico desde el Sur*, Alejandro de Oto (ed.), Mendoza, CCT-Conicet, en preparación.

ZANETTI, Susana y Celina MANZONI (1982) “Estudio preliminar” a Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Buenos Aires, CEAL, tomo I.

ZANETTI, Susana (1994) “Volviendo a *Primero sueño*” en *Actas del coloquio internacional Letras Coloniales*, op.cit.: 153-162.

ZANETTI, Susana ([1995] 1997) “Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y su historia de la conquista”, *Actas de las II Jornadas de Literatura Latinoamericana*, Tucumán, Universidad Nacional.

ZUMTHOR, Paul (1989) *La letra y la voz de la “literatura” medieval*, trad. Julián Presa, Madrid, Cátedra.